

¿ES POSIBLE UNA ECONOMÍA SOCIAL HOY?

Alberto E. Rezzónico (*)

El impacto del modelo neoliberal

La situación actual es tan compleja que resulta ilógico pensar que alguien pueda tener soluciones que, ofrecidas, vayan a ser rápidamente suscriptas o a concitar la adhesión necesaria para ser implementadas, sin previos procesos de debate y síntesis. Sin embargo, quienes así piensan son, precisamente, quienes detentan el poder. Esta expresión no es casual: digo “quienes tienen el poder” y no “quienes nos gobiernan” porque estimo que, cualquiera sea quien gobierne, debe aplicar las mismas políticas económicas que no son, precisamente, las que recibieron la adhesión ciudadana en los comicios; entonces, quienes tienen el poder, *imponen* esas políticas.¹

En una de las últimas publicaciones del CEFIM², se reproduce un supuesto diálogo entre un interlocutor y un economista neoliberal, escrito por un profesor y publicista de la Universidad Católica de Buenos Aires, el Dr. Florencio José Arnaudo. Allí se advierte, en forma simple y sintética, lo que acabo de decir: el modelo “neoliberal” no admite ningún tipo de crítica a su pensamiento estructurado; es más, supone que toda consideración de carácter social –o, para decirlo mejor, toda propuesta que pretenda paliar los efectos sociales que producen esas políticas- altera el funcionamiento de la economía. Por lo tanto, el enfoque económico requiere prescindir de los aspectos sociales, porque se pretende que la Economía es una ciencia exacta, capaz de formular leyes de validez universal que siempre han de cumplirse y cuya existencia puede comprobarse. Eso podría ser así en el campo de la economía matemática, pero no en el campo de la economía política, pues –por ser política- es esencialmente social. Cuando nosotros preten-

(*) Intervención del Dr. Rezzónico, Presidente de IDELCOOP, el 30/05/01, en la localidad de Ramos Mejía, para las filiales del Banco Credicoop Coop. Ltda. correspondientes a la Zona 15, desgrabada y corregida por el expositor.

(1) Cfr. Salbuchi, Adrián, “El Cerebro del Mundo –La cara oculta de la globalización”, 2ª ed. actualizada, Ediciones del Copista, Córdoba, Julio 2000. Del mismo autor, “La sede del Poder Global”, en Redacción Económica, n° 281, Junio-Julio 2000.

(2) Centro de Estudios Financieros del IMFC, Boletín n° 7154 dek 10/5/2001.

demos cuestionarnos acerca de si es posible una Economía Social, lo que estamos tratando de poner sobre la mesa de discusión no es el contenido social de cualquier política económica (algo que está asumido por todos, salvo por estos núcleos de pensamiento economicista y liberal), *sino la viabilidad de otra forma de economía que funcione sobre bases no lucrativas*. Esto es muy complejo, claro está: si ya nos resulta difícil que el Poder admita que la política económica es una disciplina social y que el enfoque económico tiene que admitir, obligatoriamente, algunas consideraciones sobre sus efectos para la sociedad a fin de corregir los indeseables, cuánto más difícil aún ha de ser llevar a la conciencia general que puede haber una organización y una práctica de la economía que no se estructure sobre la base de la obtención de ganancias como primer objetivo fundamental. En otras palabras, la posibilidad de una gestión económica que, a pesar de generar valor (porque ése es el resultado de todo trabajo humano aplicado a la naturaleza), no persiga la valorización del capital, es decir, no derive riquezas hacia los tenedores del capital, sino que distribuya o aplique esas riquezas según otros criterios y otros conceptos. Siempre pudimos, sin embargo, transmitir nuestro mensaje con la esperanza de ser comprendidos; podíamos decir estas cosas y no ser tratados de “locos”. Hoy, se ha corrido de tal manera el espectro ideológico al calor de la propaganda, del uso de los medios de comunicación masiva monopolizados por quienes están enrolados en teorías antagónicas con las que propiciamos, que hasta a nosotros mismos nos resulta raro escucharnos decir lo que estamos diciendo; porque somos todos producto de nuestro medio y, de alguna manera, aunque racionalmente podamos elaborar determinados conceptos, espontáneamente procedemos de acuerdo a los valores del ambiente social en que nos desenvolvemos. Por lo tanto, no solamente estamos comprando, por insistencia, el producto que nos venden; sino que además estamos llevándolo sin querer al seno de nuestras propias organizaciones solidarias y, de pronto, nos encontramos con que en nuestra gestión cotidiana hemos introducido pequeños “caballos de Troya” que, por sumatoria, nos llevan a desnaturalizar lo que estamos haciendo y, sobre todo, pregondando. Un ejemplo basta: el hecho de que los propios cooperativistas, puestos a modificar la ley de la materia, admitan que pueda abrirse la puerta a socios no usuarios de los servicios, sino inversores con finalidad especulativa; el hecho de que no sean “los de afuera” sino “los de adentro” los que propongan tales soluciones al problema de la baja capitalización de las cooperativas, demuestra hasta qué punto se está produciendo la cooptación de nuestras empresas por la filosofía liberal. ¿Qué nos está pasando para que esto sea así? Cuando muchos antiguos militantes cooperativistas recuerdan como muy difícil la época de la Dictadura Militar y de las medidas económicas de Martínez de Hoz, yo les planteo, a la manera de ese relato chino en el que lo bueno y lo malo se mezclan de manera que

no se sabe cuándo se está en presencia de lo uno o de lo otro (propio de la filosofía del yin y el yan) que aquello era difícil pero era más fácil. Y eso porque teníamos clara noción de quién era y dónde estaba el enemigo; un enemigo que nos modificaba las leyes y nos metía presos a los dirigentes. De esta manera, era sencillo mostrarle a la gente quién era el que nos atacaba y la gente se encolumnaba naturalmente para responder a ese ataque. Hoy la cosa es mucho más sutil: ¿Quién es capaz de explicar con lujo de detalles las sutilezas de las regulaciones monetarias en la República Argentina? Aquellas famosas disposiciones que el Banco Central fue poniendo en vigencia sobre la Cuenta de Regulación Monetaria, o este sistema de regulación de la capitalización de acuerdo a normas de carácter internacional (Basilea) que pueden hacer tambalear a las entidades y liquidarlas y obligarlas a fusionarse o mutar de naturaleza, aunque ello no resulte forzoso si se atiende a su propia solvencia y liquidez. No es sencillo explicar esto al gran público, sin perjuicio de que muchas veces no lo entiendan bien ni los que están en materia. Cuando funcionarios del sector cooperativo de crédito realizaban cursos de capacitación, se asombraban de los ejercicios que les hacían hacer sobre cargos y compensaciones entre cuentas de ahorro y corrientes. Lo que parecía ser ejercicio de práctica administrativo-gerencial era en realidad capacitación con vistas a la implantación de la nueva operatoria posterior. Esto demuestra que la planificación del futuro por parte de los intereses económicos hegemónicos es permanente y, cada vez, a más largo plazo. Los llamados *brain trusts*, o *think tanks*, grupos de intelectuales y técnicos cuyo trabajo consiste, precisamente, en pensar por adelantado, en planificar el futuro, es una característica de la época que supera largamente la planificación tradicional capitalista, mal que les pese a quienes desde esa vertiente despotriquen contra cualquier clase de planificación (que no sea la propia, claro). De manera que cuando llegamos a descubrir y entender determinados mecanismos ellos ya están aplicando otros. Cuando Scalabrini Ortiz demostró, por ejemplo, cuál era la política británica en el Río de la Plata, esa política ya era pasado. Los sectores que integran el campo de la economía solidaria no tienen equipos de pensadores puestos a estudiar en función de proyectarse en el futuro. Y ello se debe tanto a la falta de recursos suficientes para sostenerlos cuanto a la proverbial atomización y falta de vocación unitaria que los caracteriza. Entonces partimos, no sólo de una relación inicial de asimetría respecto de nuestras propias posibilidades, sino que esto se va ahondando con el transcurso del tiempo y va colocándonos en peor situación cada vez.

Hoy se habla mucho de integración, de globalización. Sin embargo, las únicas actividades formal y realmente globalizadas son el comercio, las finanzas y la información. Más allá de esto, la traslación de personas y capitales con un

sentido productivo, efectivamente no se ha producido; de hecho, la mayoría de las personas y empresas invierten en sus propios países ³ Un dato escuchado por mí en una conferencia impartida por el Profesor Atilio Borón en la Universidad de La Plata: en EEUU, el grueso de su dirigencia no tiene pasaporte, o sea, no considera ni siquiera necesario trasladarse fuera del país; sin contar las inmensas poblaciones de Asia, África y América Latina que no sólo no salen de su país, sino que no salen de su aldea. Lo que realmente se ha internacionalizado es la especulación financiera, lo que constituye el más grave problema. Junto a esta internacionalización de las finanzas, se produce la internacionalización de la información pública, el manipuleo informativo. Si se comprende esto, se comprende también cuán difícil nos resulta a nosotros hablar en términos diferenciales: nuestros mensajes no llegan y, cuando llegan, no son comprendidos.

Los “agujeros” del sistema de mercado

En una de las reuniones anuales de banqueros en las que se expresa sin tapujos el pensamiento de las multinacionales, el doctor Antonio Garríguez Walker, ⁴ español, titular de un estudio jurídico que atiende a las más grandes empresas mundiales, en ocasión de analizar la situación del momento

(3) Recientemente, el Dr. Aldo Ferrer señaló en un artículo publicado en el diario Clarín (“Atrapados en la Globalización”, 11 de julio de 2001), que *“la globalización tiene lugar en la esfera virtual de la transmisión de información e imágenes y el procesamiento de datos en tiempo real, posibilitados por la revolución electrónica. En ella habitamos, efectivamente, en la aldea global. En el plano real, la globalización se refleja en dos procesos principales. Por una parte el aumento del comercio internacional que crece el doble que la producción mundial. Por otra, la expansión de las corporaciones transnacionales y sus filiales, en cuyo seno se internacionaliza una parte de la agregación de valor en la economía mundial. La globalización incluye otra dimensión fundamental: la financiera, arraigada en un mercado planetario fuertemente especulativo. Tanto que más del 95% de las transacciones en los mercados cambiarios mundiales, del orden de 1,5 billones de dólares diarios, se refieren a movimientos de fondos que arbitran tasas de interés, paridades cambiarias y variaciones de los mercados de acciones y bonos. Este factor contribuye a la inestabilidad de esas mismas variables, que es otro rasgo del orden mundial contemporáneo”*. Sin embargo, según el autor *“merece recordarse...que, pese al crecimiento del comercio, el 80% de la producción mundial es absorbida por los mercados internos. A su vez, más del 90% de la agregación de valor de la economía mundial se realiza dentro de las fronteras nacionales y otro tanto de la inversión en capital productivo y social es financiado con el ahorro interno de los países. Las corporaciones y sus filiales son importantes pero, en definitiva, realizan menos del 10% de la acumulación de capital y la agregación de valor en la economía mundial”*.

(4) “La ingeniería financiera y su autonomía respecto de la producción”, en ABRA, Asociación de Bancos de la República Argentina, “Banca y Producción” (6as. Jornadas Bancarias de la República Argentina, Avellaneda, Noviembre 1995, págs. 144 y sigs.

(1994-95), comentaba que según el empresario japonés Akio Morita ⁵, la especulación financiera estaba dejando de lado la actividad productiva, y que un rasgo de la economía contemporánea era que esa especulación crecía sin que creciera, paralelamente, la producción de bienes y servicios. Garríguez Walker coincidió con esa caracterización especulativa de la economía mundial y con las dificultades que plantea controlarla. Ejemplificó con casos conocidos: la quiebra de la Baring Brothers debida al descontrol de un empleado de segunda línea (Nicolás Leeson), o la situación creada a cierta comuna californiana cuyos recursos fiscales fueron malbaratados por un tesorero especulador, con lo cual la ciudad se vio obligada a reducir a un mínimo todos los servicios sociales que prestaba a sus habitantes. La solución de Garríguez Walker era, no obstante, que el desajuste especulativo sería arreglado por el mercado y nadie más, porque, como decía Nietzsche respecto de los dioses –que dan la impresión de haber muerto pero en realidad no murieron, sólo se retiraron, y van a volver.- el mercado actúa igual: parece que fuera un caos, pero ordena. Lo que él no dice es que cuando se produce una nueva etapa de ordenamiento, lo que quedó en el camino –en costos económicos, en vidas humanas, en sufrimiento- es peor que un desastre natural. Previene y alerta contra cualquier prédica intervencionista –recordemos lo dicho antes sobre el rechazo neoliberal a cualquier forma de control- porque *“además de sumamente peligrosas son profundamente erróneas”* (sic). Ante esto, uno se pregunta cuál es el programa neoliberal, porque parece que fuera sólo huir hacia adelante; no hay explicitada ninguna meta. El expositor recela, incluso, de la Iglesia (lo que se explica por el hecho de que la Iglesia Católica señala que hay gran desigualdad social y reivindica su obligación de señalarlo). La prevención es que no siendo economistas, no deberían opinar sobre estas cuestiones. Hay que impedir que se conviertan en fundamentalistas, dice.⁶ Lo que llama la atención en su razonamiento es que todas las demás formas de pensar son expresión de fundamentalismos o de ignorancia, menos la propia. Lo cierto es que se les presenta un grave problema: estas políticas dejan cada vez más gente a la intemperie, en el real, total y completo

(5) Presidente de Sony y uno de los tres presidentes regionales de la Comisión Trilateral.

(6) *“...la Iglesia –dice- tendrá que empezar con prontitud y buena voluntad a cuestionarse los nuevos límites de su propia misión; a reconocer, asimismo, sus límites e incapacidades en cuanto a la posesión de la verdad científica, económica o política, y sobre todo a abandonar actitudes que conduzcan o faciliten posiciones fundamentalistas en un mundo que ya tiene demasiados riesgos en este sentido y que necesita, por lo tanto, incrementar al máximo su capacidad de diálogo, de tolerancia y de respeto a las posiciones contrarias (:?)”*.

sentido de la palabra. Y esta gente es un factor revulsivo social, por lo tanto hay que controlarlo ⁷. Pero ¿quién los controla? Ellos mismos no, porque no lo saben hacer y no les interesa hacerlo. El Estado tampoco, porque eso implicaría su crecimiento y con él, la recreación de un fantasma que tanto costó vencer y que puede volver a imponer el aumento del control. La Iglesia podría hacerlo, pero siempre y cuando negocie con ellos; es decir, no se convierta en fundamentalista y pretenda generar modificaciones de fondo para que haya más justicia social. Entonces ¿quién? Así aparece repentinamente revalorizado el papel y la función de las sociedades intermedias ⁸; del ciudadano comprometido en sus propias instituciones, a las cuales se les pueden derivar recursos para que puedan atender las necesidades más elementales del conjunto ⁹. Esto es interesante desde mi punto de vista, porque ya hay quien reconoce que nuestras estructuras solidarias y no lucrativas tienen una función que cumplir. Pero ¿es nuestra función solamente servir de respaldo a este sistema de explotación y de inequidad? ¿Todo lo que nosotros podemos proponer como objetivo es ser funcional a este sistema, ayudarlo a que se mantenga, generando estructuras que tapen los agujeros que el mismo deja? ¿O tenemos que comprometernos en cambiar el sistema? Esta es la gran pregunta.

(7) *“La gran tarea, el gran objetivo del mundo de la Iglesia y del mundo económico y político, es afrontar y resolver el dramático problema de las desigualdades e injusticias a escala mundial. Es ahí donde puede y debe comenzar un diálogo sin reservas, sin condiciones previas, sin barreras dogmáticas, sin hipocresías, sin evasiones intelectuales. Ya nadie puede justificarse o consolarse pensando que es un tema imposible. Ahora es literalmente posible, literalmente necesario y literalmente urgente. Por comparación, todos los demás problemas, aún los más dramáticos, parecen en estos momentos problemas menores, y muchos de ellos, profundamente frívolos. He ahí el gran reto ético, el verdadero reto ético de esta época”.*

(8) *“A pesar de que en la era moderna se ha prestado más atención a los sectores público y privado, existe un tercer sector en la vida americana que ha resultado de significativa importancia en la construcción de la nación y que ahora ofrece una posibilidad distinta para reformar el contrato social en el siglo XXI “ (Jeremy Rifkin, “El fin del trabajo”). Ese tercer sector, acota Mason, (“Vigencia de la Economía Social en la Argentina del Siglo XXI”, Exposición en Seminario organizado por el Instituto Argentino de Investigaciones de Economía Social, Bs.As., 15 de octubre de 1997, mimeo), es la Economía Social, aunque la tesis de Rifkin parecería circunscribirse –como ocurre con la mayoría de los pensadores norteamericanos- únicamente a las entidades de tipo asistencialista.*

(9) Entre 150 compañías grandes consultadas por Gallup y la Universidad de San Andrés, un 94% aseguró haber efectuado algún tipo de donación a ONGs. Una de cada cinco donó más de medio millón de dólares. Cfr. “La importancia del Tercer Sector”, Universo Económico/CPCECF, Año 11, n° 57, febrero de 2001, en Boletín del CEFIM, n° 7120, 19/03/2001.

El desafío de construir un sistema distinto

El tercer sector puede llevar adelante programas que concurren en auxilio de las necesidades insatisfechas de las mayorías, en los campos del crédito, la vivienda, los servicios o el trabajo. Pero no nos podemos quedar ahí, sin generar ninguna corriente de opinión distinta que discuta las bases mismas de este sistema injusto. La cuestión es que, para hacer algo distinto, debemos elaborar seriamente nuestras propias propuestas. No nos podemos enrolar exclusivamente en la protesta legítima y airada que cada uno de nosotros porta como expresión de los problemas propios del ámbito al que cada uno pertenece, o en la indiferencia cuando no se tenga problemas a nivel individual o grupal. Todos militamos en instituciones y frecuentamos ámbitos donde las carencias son muy grandes; por lo tanto, sería una actitud de avestruz encerrarse cada uno en sí mismo o en el sector al que pertenece y olvidarse del resto, aunque se caiga a pedazos. La única manera de hacerlo, es decir, de ir elaborando proyectos propios que nos comprendan a todos, es siendo conscientes de que tenemos que empezar a discutir colectivamente éstos temas para esclarecerlos, no teóricamente, sino de acuerdo a nuestros propios intereses; algo que es completamente legítimo. Y para que de ninguna manera pueda decirse que son demandas sectoriales, que el que reclama lo hace sin sentido global, entre los diversos sectores que elevan sus protestas y propuestas tiene que haber coordinación y planificación, resultados que no se alcanzan sin un real y practicado respeto mutuo y una actitud *inclusiva*, no excluyente.

Nuestro país ha pasado por muchas experiencias fallidas en lo que a encarar procesos de superación colectiva se refiere. Y aunque somos latinos y, por lo tanto, afectos al caudillismo, ya estamos dejando de creer en “salvadores” a quienes confiar la conducción de nuestros destinos. Aún a pesar de que muchos de ellos refloten y aparezcan proponiéndose como los únicos capaces de arreglar lo que ellos mismos desarreglaron, como ocurre actualmente con el Superministro de Economía.

El marco explicitado explica el por qué de la interrogación en el título de este artículo: “¿Es posible una Economía Social hoy?”. Nosotros respondemos que sí es posible, y no por un capricho, sino porque lo hemos visto en la práctica de nuestras propias instituciones: militamos en sectores que demuestran por sus propias historias, que es posible; pero que, al mismo tiempo, tienen tremendas dificultades para poder subsistir y crecer. En los sesenta y setenta se hablaba de una “burguesía nacional” y de su papel frente al monopolio. ¿Qué nos ha quedado de eso? ¿Qué nos ha quedado de nuestro propio mercado interno, que es el que ha dado

lugar al crecimiento de las cooperativas? ¹⁰ Porque, si bien las cooperativas han sido siempre un sector secundario en el conjunto de la economía, tenían un rol que desempeñar en la atención de los sectores sociales y económicos postergados, en una etapa de crecimiento relativo, inflación creciente y expansión del mercado interno, en especial en la canalización del crédito. Floreal Gorini acuñó una expresión muy gráfica en este sentido: la alteración del curso de un curso de agua natural, permite ver por qué la tierra que no recibe ese recurso se seca. Pero cuando se alteran los cursos de circulación monetaria no se lo ve, porque son abstractos; no obstante, hay cierta tierra que se riega y otra que no. La función de la cooperación de crédito ha sido reconducir los recursos hacia los sectores productivos, las economías regionales, las capas medias y bajas de la población. Hoy, en cambio, la tierra que no se riega es nuestro mercado interno y nuestras pequeñas y medianas empresas. No por casualidad ya se habla de “microemprendimientos”, lo que es una especie de eufemismo para convencer que aquel que tiene que hacer algo para subsistir, es un empresario de sí mismo; hasta el cartonero que vive juntando lo que puede tiene su pequeño “microemprendimiento”.

Ya no alcanza con participar en la reconducción de recursos hacia un mercado que por nuestro propio esfuerzo no podremos reconstruir, ni tampoco con ser vehículos de efectivización de asistencialismos a la medida de los intereses dominantes. Poder advertir los cambios ocurridos y generar actitudes de solidaridad suficientes como para ir elaborando, en conjunto, propuestas que sean reales (porque tampoco podemos engañarnos y proponernos utopías irrealizables), requiere de un gran esfuerzo: una gran franqueza, un diálogo muy amplio y un desmantelamiento de reservas que en otro momento, en el país, han sido graves (divisiones que se han establecido casi en términos de *barras bravas*), para construir una unidad en esa pluralidad, que es la esencia de la democracia. La democracia es pluralidad; pero es también unidad obligatoria, porque la diversidad permanente lleva a la disgregación y a la anarquía. Es participación, pero también autoridad. Tanto la unidad como la autoridad verdaderas no son consecuencia de un acto de imposición sino producto de un proceso de negociación, que es cada vez mayor y mejor en la medida en que se avanza; porque todo movimiento genera su propia dinámica. Si logramos poner en una dirección distinta esta rueda que nos aplasta, vamos a ir acumulando

(10) “Suele olvidarse la **coexistencia de la dimensión global con la endógena**. Como suele desatenderse, también, la evidencia de que **el desarrollo no se importa** y es siempre y, en primer lugar, un proceso interno de transformación, capacitación de los recursos humanos e integración de la sociedad y de los sistemas productivos” (Ferrer, Aldo, artículo citado).

do poder en ese polo social que participa ideológicamente de lo que nosotros consideramos necesario: respeto por los derechos humanos, construcción de un tejido social sólido, democracia, participación, compromiso con la cosa pública, económica social. Estamos convencidos de que en toda consideración económica debe haber una especial preocupación por las consecuencias sociales que genera, si no queremos que las estadísticas suplan la vida misma: vieja estrategia liberal que siempre pone la zanahoria más adelante y que hace que, gracias al “largo plazo”, nunca se pueda probar el acierto de sus medidas.

Por eso, insistimos en que lo social debe ser una de las primeras consideraciones de la economía y que, si atender a esos sectores sociales implica acumular menos en el sector de los que tienen el capital, valorizar menos el capital, eso resultará positivo porque generará más justicia social. ¿Para qué queremos avanzar más rápidamente en un proceso de capitalización que nunca alcanza para que la copa rebalse en beneficio de toda la comunidad, que es la propuesta neoliberal? Nosotros vemos que la copa se llena pero no se derrama. En última instancia, los cooperativistas optamos por un camino que nos compromete no sólo en el manejo de nuestras entidades sino en lo que hacemos de la puerta para afuera, actitud que la Alianza Cooperativa Internacional ha definido como preocupación por los demás. Si nuestro Movimiento quiere tener futuro, tenemos que ser consecuentes y dar ejemplos éticos, de conducta coherente con los principios que defendemos y de compromiso social, buscando acuerdos sólidos con todos los sectores sociales que compartan nuestra visión de una sociedad solidaria. Sólo así tendremos imitadores. Sólo así tendremos maestros que generen autoridad y alienten la participación y, al mismo tiempo, la unidad. Para mí, un maestro es aquél que ayuda a que algo cambie en nuestra vida. Y quizás no pueda realizar una gran lista de maestros entre mis profesores de la escuela y la universidad; pero sí puedo hacerla en mi militancia social, porque ahí encontré personas que, aun sin tener título académico, tenían compromiso, conducta, sentido común, coherencia y capacidad de conmover a otros con el ejemplo e inducirlos al compromiso personal. Esa es nuestra tarea; eso es lo que tenemos por delante. No debemos recostarnos sobre los éxitos, a pesar de que los tenemos (el Banco¹¹ es uno de ellos), porque eso significaría no tomar conciencia de que el esfuerzo es grande, de que el camino a recorrer nos interpela seriamente y de que debemos responder si estamos dispuestos a hacerlo. Es posible que por esta vía llegue el momento en que ya no nos interroguemos sobre si es posible una economía social y podamos asegurar que **sí es posible**.

(11) Referencia al Banco Credicoop Cooperativo Limitado.